

¿Se puede hablar de un momento fascista del neoliberalismo? Crisis de la democracia liberal y guerra contra las poblaciones precarizadas como síntomas de época¹

Can we speak of a fascist phase of neoliberalism? Crisis of liberal democracy and war against precarized populations as symptoms of our time

Matías L. Saidel²

Universidad Católica de Santa Fe/CONICET – Universidad Nacional de Entre Ríos
Argentina

Fecha de recepción: 19-12-2019

Fecha de aceptación: 01-04-2020

Resumen

Teniendo en cuenta las transformaciones en el ejercicio de la gubernamentalidad neoliberal hacia formas cada vez más violentas de gestión de las poblaciones precarizadas y los debates recientes acerca de la emergencia de una nueva derecha que asume una postura políticamente autoritaria y económicamente neoliberal, este artículo interroga si se puede hablar de un momento fascista del neoliberalismo. Para ello, se rastrean distintos aportes teóricos que caracterizan el momento actual en términos de neofascismo, fascismo neoliberal, o postfascismo. Seguidamente, se cuestiona el alcance de dichas miradas, pues parecen pensar la violencia como algo dado exclusivamente por las formas políticas y culturales de la nueva derecha, lo que conlleva el riesgo de ignorar la violencia intrínseca a los dispositivos de poder específicamente neoliberales. En ese marco, recuperamos la noción de neoliberalismo punitivo e interrogamos la noción de *vida no fascista* como un modo de resistir a dichos dispositivos. *Palabras clave:* neoliberalismo; (post)fascismo; neofascismo; gubernamentalidad; vida no fascista.

Abstract

The increasing violence in the way neoliberal governmentality is being enforced upon precarious populations and recent debates on the emergence of a new right that combines political authoritarianism with neoliberal economic principles pose the question about the possibility of talking about a fascist phase of neoliberalism. To analyze this, I study different approaches that characterize the present moment in terms of neo-fascism, neoliberal fascism, and postfascism. I question the scope of these views since they think of violence as produced exclusively by the political and cultural forms of the new right, which carries the risk of neglecting the specific violence inherent to neoliberal power devices. To account for the latter, I use the notion of ‘punitive neoliberalism’. Finally, I analyze the notion of ‘non-fascist life’ as a way to resist such dispositives.

Keywords: neoliberalism; (post) fascist; neofascism; governmentality; non-fascist life.

¹ Agradezco a los evaluadores anónimos por sus sugerencias para mejorar el texto que aquí presentamos.

² Investigador adjunto de CONICET y docente de la FTS-UNER. Correo electrónico: matiaslsaidel@gmail.com

1. Introducción

En *Nacimiento de la biopolítica*, Michel Foucault (2008) realiza un abordaje genealógico de las principales corrientes teóricas del neoliberalismo, las cuales buscaban legitimarse construyendo como campo de adversidad al socialismo y al fascismo. Mientras Ludwig von Mises (1980 [1922], 1983 [1920]) denunciaba el carácter irracional del socialismo en los años '20 y su incapacidad de calcular los precios de toda la economía en tiempo real para poder equilibrar oferta y demanda, Friedrich von Hayek (2007) sostendrá en 1944 contra el plan Beveridge que el nazismo es resultado necesario de la planificación y del intervencionismo estatal. En ese marco, si bien siempre van a desconfiar de la democracia, neoliberales como Hayek elevan su propia versión del Estado de derecho a principio de gobierno económico de la sociedad. Al mismo tiempo, para los neoliberales, la desigualdad, lejos de ser un problema, resulta deseable porque beneficiaría al conjunto a través del crecimiento económico y se conjugaría con grados ampliados de libertad (Foucault, 2008; Mirowski & Plehwe, 2009: 438 n8). Por último, las teorías del capital humano de Chicago establecerían al *homo oeconomicus*, y no a un sujeto antropológico, como interfaz entre el sujeto y el gobierno, permitiendo establecer la eficiencia y racionalidad costo-beneficio como criterio de la acción (Becker, 2014 [1964]; Schultz, 1961; Foucault, 2008).

Sin embargo, el neoliberalismo actual difiere en gran medida de lo señalado. Por empezar, teniendo en cuenta que se trata de un discurso polémico-estratégico, ha cambiado el campo de adversidad. Frente a la ausencia de un sistema político-social alternativo de alcance global, los enemigos pasarían a ser, por un lado, aquellos sujetos sociales castigados por las propias políticas neoliberales a quienes se culpabiliza por su ausencia de predisposición o capacidad para participar del juego de la competencia (Dardot & Laval, 2015; Davies, 2016) y, por otro, los movimientos políticos y sociales que intentan resistir a la acumulación por desposesión (Harvey, 2007) e instituir otras formas de vida y de cooperación (Sztulwark, 2019). En este contexto, mientras el neoliberalismo avanza en la mercantilización de todo lo existente, se conjuga con un comportamiento punitivo, xenófobo, misógino, y racista que caracterizó a los fascismos de entreguerras (Alliez & Lazzarato, 2016). Ello no solo sirve para construir una comunidad imaginaria, sino también para disciplinar y castigar a los sectores pauperizados y

precarizados por las políticas de ajuste y endeudamiento, a la vez que se minan las bases del estado de derecho y de la democracia liberal (Dardot & Laval, 2013, 2016, 2019).

Este aparente ensañamiento de los gobiernos neoliberales contra las poblaciones precarizadas, que no representan una amenaza para ellos, ha llevado a hablar de neoliberalismo punitivo (Davies, 2016) que se da en el marco de una contrarrevolución sin revolución (Harcourt, 2018), e incluso de fascismo neoliberal (Giroux, 2018; Villalobos-Ruminott), neofascismo (Guamán et. al., 2019; Sztulwark, 2019; Lazzarato, 2019), nacional-neoliberalismo (Sauvêtre, 2019), profascismo (Paxton, 2016), fascismo democrático (Badiou, 2019) o postfascismo (Traverso, 2016).

En este trabajo, pondremos en discusión si se puede hablar de un momento fascista del neoliberalismo (Fassin, 2018; Galindo, 2019), como si se tratase de una conjunción entre dos tendencias radicalmente heterogéneas, y en sus orígenes opuestas, o si estos elementos que vemos desplegarse hoy no son derivas habilitadas por la propia racionalidad neoliberal, es decir, por un gobierno de las poblaciones cuyo objetivo es ajustar la totalidad de nuestras vidas a las lógicas del cálculo y la competencia. En ese sentido, más allá de ciertas reminiscencias del pasado y de las continuidades que toda genealogía supone, proponemos caracterizar a nuestro presente como signado por el predominio de un neoliberalismo punitivo (Davies, 2016), que se articula con corrientes político-culturales diversas, y donde sobresale el componente antidemocrático consustancial a dicha racionalidad gubernamental (Dardot & Laval, 2015, 2017, 2019).

En cuanto a la pertinencia del uso del término “fascismo”, sostendremos que se trata de un concepto polémico, y, en cuanto tal, ambivalente: si bien en su carácter de significante vacío y flotante (Foucault, 1981; Laclau, 2005)³ resulta indispensable para el discurso político contemporáneo, no puede ser usado de manera aproblemática fuera de su propio contexto histórico como categoría de análisis social. Como ejemplo de ello, hacia el final del trabajo,

³ Laclau (2005) usa estos conceptos de la lingüística para pensar la política. Un significante vacío, por ejemplo “República” o “patria”, es aquel que puede ser llenado de cualquier significado a través de la formación de una cadena de equivalencias entre distintas demandas sociales y la aparición de una demanda o identidad que logre hegemonizar al resto. Este funciona siempre a través de la constitución de una exterioridad radical, una identidad que es antagónica a esa cadena que se va formando. Un significante flotante aparece cuando un mismo significante puede ser reapropiado o reclamado por cadenas equivalenciales alternativas. Por ejemplo, en la actualidad distintos grupos políticos pueden acusarse mutuamente de “fascistas” o disputarse la encarnación del significante “democracia”.

pondremos en tensión en algunos usos foucaulteanos del término, a menudo contradictorios, que oscilan entre la política, la ética y la historia. Siguiendo a Foucault, usaremos el término fascismo no tanto en términos de sistemas políticos como de un *ethos* que pasa por inventar una vida no fascista como respuesta al modo en que somos gobernados por los dispositivos de poder neoliberales.

2. El neoliberalismo, entre gubernamentalidad y guerra

El curso de Foucault de 1979 sobre el neoliberalismo ha sido fundamental no solo para conocer las diferencias doctrinales al interior de ese universo sino también para captar las claves constitutivas de la racionalidad gubernamental neoliberal: la empresa como institución central de la nueva sociedad y como forma subjetiva, la competencia como lógica que debe ser extendida a todos los ámbitos de la existencia y que el Estado debe garantizar permanentemente, la producción de un *homo economicus* competencial que debe concebirse a sí mismo como un empresario que administra su propio capital humano y lo pone en juego en cada decisión, y la extensión de dicha grilla de análisis a cualquier conducta humana (Foucault, 2008). No eran preocupaciones de Foucault por aquellas entonces cuestiones que surgirán al calor de la efectiva implementación de las políticas neoliberales: las transformaciones del capitalismo hacia la financiarización y la economía de la deuda, los movimientos políticos que darían forma a sociedades y subjetividades neoliberales, etc. Por si fuera poco, la hipótesis del poder gubernamental como conducción de conductas, que Foucault desarrolla en *Seguridad, Territorio, Población* (Foucault, 2006 [1978]), daría pie a interpretaciones edulcoradas de la gubernamentalidad, donde el poder ya no tendría que ver con la lucha entre fuerzas y la guerra en la filigrana de la paz, puesta a prueba en sus textos y cursos previos (Foucault, 2004; 2002; 2000; 2016).

Sin embargo, ya en ese entonces se estaban librando guerras muy materiales que tendrían como objetivo transformar radicalmente a la sociedad en un sentido neoliberal a partir del combate a un enemigo interno. En los años '70 esto se verificaría en el Cono Sur con el desembarco de los “Chicago Boys” para hacerse cargo de la economía chilena durante la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990), y en Argentina con planes de ajuste que inician un

ciclo de recesión, endeudamiento, desempleo y pobreza que pesan como una condena sobre un país que hace medio siglo tenía los mejores indicadores socioeconómicos de la región.

Sin recurrir al terrorismo de Estado ni a la dictadura militar, este neoliberalismo combativo también fue el de Margaret Thatcher (1979-1990) y Ronald Reagan (1981-1989), quienes destruyeron el poder de la clase obrera organizada, redujeron impuestos a los ricos y el salario a los trabajadores, y privatizaron bienes y servicios públicos (Harvey, 2007). Dicho proceso se consolida con la caída de la URSS y el auge de una globalización neoliberal acompañada por una apertura multiculturalista promovida por gobiernos que, como el de Tony Blair (1997-2007), Bill Clinton (1993-2001), Gerhard Schröder (1998-2005) y otros, habían llegado al poder proponiendo una “tercera vía” que reuniera socialdemocracia y liberalismo, pero llevaron la política de privatizaciones, mercantilización y la cultura del individualismo narcisista y meritocrático a sus últimas consecuencias, al punto que Thatcher reconocería al nuevo laborismo como su mayor logro.

Sin embargo, en los últimos años, especialmente tras la crisis del 2008, hemos asistido a nivel global a un crecimiento acelerado de fuerzas políticas que reivindican abiertamente elementos autoritarios, reaccionarios y xenófobos, tanto en lo político como en lo sociocultural⁴. En ese sentido, si la mercantilización de todo parecía ir de la mano de una nueva forma de pluralismo de supermercado (Vattimo, 2004) donde todo lo sólido y sustancial se desvanecía en las gélidas aguas de la competencia y los húmedos sueños del consumismo de masas, hoy asistimos al renacimiento de identidades fuertemente excluyentes y a una consolidación de distintas formas de guerra tanto por sus medios (guerras militares, psicológicas, financieras, comerciales, legales, mediáticas) como por sus blancos declarados o implícitos (guerras al inmigrante, a las mujeres, a las disidencias sexuales, a los pobres, a los precarios, al narcotráfico, a los campesinos, al terrorismo, al musulmán, al indio) (Alliez y Lazzarato, 2016).

⁴ Estas características están presentes tanto en partidos abiertamente neofascistas, como el Jobbik de Hungría, Amanecer Dorado de Grecia, el Partido Nacional Británico, el Movimiento Social Italiano, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania y Democracia Nacional de España, como en la “derecha radical populista” (García Olascoaga, 2018) que incluye partidos como el Partido por la Libertad neerlandés, el Partido del Progreso noruego, el Partido de la Libertad austríaco, el *Vlaams Belang* belga, Alternativa para Alemania, el Frente Nacional francés, Partido Popular Danés, Partido Popular Suizo, Demócratas de Suecia, Concentración Popular Ortodoxa griega, el UKIP británico, Vox español, etc. En ese marco, no hay que olvidar movimientos políticos que han llegado al gobierno, como la Liga Norte y su asociación con el Movimiento 5 estrellas en Italia, el Partido Social Liberal de Bolsonaro y el encumbramiento de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos (Guamán *et. al.*, 2019).

Esta situación muestra los límites de aquellas visiones del neoliberalismo para las cuales la nueva gubernamentalidad se caracterizaba por la reflexividad de los sujetos y la ausencia de negatividad. En efecto, parece al menos discutible que para interpretar las relaciones de poder contemporáneas se nos hable de una sociedad del rendimiento como lógica única y última del capitalismo neoliberal, signada por un exceso de positividad, en la cual la gente se explota a sí misma y donde la violencia es puramente neuronal (Han, 2016). Con ello no queremos desconocer que muchas de las patologías que afectan a los sujetos contemporáneos se deban a la impotencia generada por un discurso donde todo parece posible y a una ideología felicista (Berardi, 2003) que produce nuevos padecimientos psíquicos. Sin embargo, además de preguntarnos por los dispositivos de poder que dan lugar a este tipo de subjetividades, también creemos necesario considerar las racionalidades estratégicas que organizan y producen esta sociedad de la competencia y de la autoempresarialidad, teniendo en cuenta los modos violentos de acumulación que han sido una constante en las periferias del capitalismo desde su nacimiento hasta la actualidad (Sacchi & Saidel, 2018).

Esto último queda evidenciado por la perspectiva de Alliez y Lazzarato, quienes sostienen que no se puede separar la gubernamentalidad de la lógica bélica del biopoder, que existe una continuidad cada vez más marcada entre guerra, política y economía (con un rol hegemónico de las finanzas) y que el liberalismo ha sido desde sus comienzos una filosofía de guerra total (2016: 15). En este sentido, lejos de una excepcionalidad histórica hoy asistimos a una conjunción específica de biopolítica y gubernamentalidad, relaciones de fuerzas, enfrentamiento de estrategias y conducción de conductas (Saidel, 2018; Lazzarato, 2019).

3. Del neoliberalismo combativo al punitivo

En un ensayo de 2016, William Davies establece una periodización del neoliberalismo que, si bien se centra en la experiencia anglosajona, marca hitos relevantes para comprender las transformaciones del neoliberalismo a nivel global: el ya mencionado neoliberalismo combativo (1979-1989), el normativo (1989-2008) y el punitivo, iniciado en 2008, en el que “los sistemas y las rutinas de poder sobreviven, pero sin autoridad normativa o democrática” (Davies, 2016: 132).

La periodización de Davies no tiene tanto que ver con las medidas de regulación concretas sino con las orientaciones éticas y filosóficas que les dieron sustento. Al mismo tiempo, Davies nunca deja de tener en cuenta cuáles son los objetivos estratégicos del neoliberalismo, señalando que, desde su mismo nacimiento, este buscó neutralizar la posibilidad del socialismo y que dicho objetivo se alcanzó durante la etapa del neoliberalismo combativo con la legislación contra los trabajadores, la represión a los sindicatos y las políticas monetaristas antiinflacionarias con altas tasas de interés que dieron lugar a un aumento estrepitoso del desempleo.

Si bien desde el punto de vista económico-social, las políticas neoliberales de los '80 no dieron los frutos que prometían, desde el punto de vista estratégico de destruir al movimiento obrero como fuerza política y al socialismo como horizonte de expectativas fueron altamente exitosas. En ese sentido, Davies recupera la siguiente observación de David Graeber: “Cuando hay que elegir entre una opción que hace que el capitalismo parezca el único sistema económico posible y otra que podría convertir de hecho al capitalismo en un sistema económico más viable, el neoliberalismo siempre opta por la primera” (Graeber, 2018: 31).

Este temprano triunfo facilitó la aparición en los años '90 de un “neoliberalismo normativo”: un tipo de gobernanza que busca establecer una norma de justicia basada en la mensurabilidad de todo. Las lógicas del capital humano, de la empresa, de la maximización económica y de la competencia, ya comentadas por Foucault (2008), van a permitir distinguir como algo pretendidamente justo que algunos ganen y otros pierdan. Dicha legitimidad se construyó en base a los sistemas de medición y evaluación que se volvieron transversales a todos los ámbitos de la experiencia humana. Sin embargo, según Davies, ella entró en crisis cuando quedó en evidencia que las agencias de calificación que evalúan la situación financiera de los países respondían a intereses económico-financieros bien precisos y las desigualdades generadas por esta sociedad empezaron a ser cuestionadas.

En ambas etapas se asistió a un incremento exponencial de la deuda, primero pública y luego privada, que estalló con la crisis del 2008. Es en ese marco, posterior al rescate estatal a la banca privada que había originado la crisis, que surge el actual neoliberalismo punitivo.

Lo que distingue el espíritu del castigo es su lógica *post jure*, es decir, la sensación de que el momento del juicio ya ha pasado y que las cuestiones de valor o culpa ya no están

abiertas a deliberación. Por eso mismo es poscrítico. En el neoliberalismo punitivo, la dependencia económica y el fracaso moral se enredan en forma de deuda, produciendo una afección melancólica en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población (Davies, 2016: 139).

Davies señala como específico de esta etapa que la irracionalidad de muchas de las medidas que se toman sólo puede explicarse por un deseo de venganza, pues las mismas atentan contra quienes han padecido los efectos negativos de las políticas neoliberales.

En contraste con la ofensiva contra el socialismo, los “enemigos” contra los que ahora se dirige están en gran medida desprovistos de poder y se hallan dentro del propio sistema neoliberal. En algunos casos, como los de aquellos traumatizados por la pobreza, la deuda y el hundimiento de las redes de seguridad social, ya han sido en gran medida destruidos como fuerza política autónoma. Pero de algún modo esto aumenta el impulso de castigarlos más aún (Davies, 2016: 141).

Lo llamativo de esta etapa “poshegemónica” es que ya no parece necesario dar ninguna justificación racional de las medidas que se toman. Un ejemplo palmario es el de las políticas de austeridad recomendadas universalmente por los organismos multilaterales de crédito. A pesar de que hace cuatro décadas que dichas medidas producen efectos contrarios a los que se declara desear (promover el crecimiento, permitir disminuir las deudas, reducir el déficit público, etc.) se siguen aplicando con mayor insistencia.⁵ Al respecto, tanto Lazzarato (2013) como Dardot y Laval (2019) señalan que dichas medidas perpetúan la crisis en tanto forma de gobierno. En el mismo sentido, Davies señala:

En el pasado, el neoliberalismo ha sido criticado por situar los juicios económicos de la “eficiencia” o la “competitividad” por encima de los juicios morales de la justicia social. Pero parece cada vez más, al menos en el plano del discurso público, que los gobiernos operan completamente fuera de las normas del juicio. El mejor ejemplo de esto es la austeridad en sí. La historia ofrece escasos ejemplos de programas procíclicos de contracción presupuestaria que hayan logrado evitar el estancamiento macroeconómico. (...) Pero ninguna prueba empírica sobre las deficiencias de la austeridad parece adecuada para hacer descarrilar a quienes defienden que es necesaria (2016: 130).

⁵ Las únicas excepciones a la regla de oro de la austeridad fiscal y el equilibrio presupuestario han sido los salvatajes a los bancos “demasiado grandes para fracasar” durante la crisis de 2008-09 y la respuesta de los Estados y del FMI frente a la actual pandemia de Covid-19.

En ese marco, las políticas sociales destinadas a disciplinar a las poblaciones vulnerables se han vuelto igualmente increíbles (Davies, 2016). Esto tiene que ver con el paso inexorable del *welfare* al *workfare* (por no hablar aquí del *debtfare*). Dicho sistema supone, en el caso inglés, que un desempleado tenga que prestar su fuerza de trabajo de manera gratuita para no perder su subsidio de desempleo y las ayudas para alquileres, lo cual en la mayoría de los casos se traduce –parodiando la lectura que hace Foucault de las teorías neoliberales del capital humano– en el tránsito de una actividad no rentable a otra no rentable.

Más de un millón de británicos han sido sancionados por una razón u otra. Miles han muerto después de que los gestores privados subcontratados por el Estado para administrar el nuevo modelo de *workfare* los declarasen “aptos para trabajar” y les retirasen sus prestaciones por discapacidad (Davies, 2016: 131)⁶.

Al mismo tiempo, Davies muestra cómo la violencia de la positividad (Han, 2016) no es algo que los sujetos se imponen a sí mismos ni un efecto sistémico de un vaporoso imperativo de rendimiento, sino que les es impuesto por los dispositivos de gestión de la mano de obra, incluso la desocupada:

Las políticas sobre el mercado laboral incorporan ahora dudosas técnicas de activación conductual, desde programación neurolingüística a lemas autopublicitarios. Los participantes deben leer “afirmaciones” como “Mis únicas limitaciones son las que me pongo a mí mismo”, que son casi cómicamente distantes de la realidad de quienes viven con bajos ingresos, enfermedades crónicas y miembros dependientes en la familia (Davies, 2016: 131)⁷.

Para Davies, esta redefinición de las políticas públicas en base a la norma de la austeridad y el pago a los acreedores de la deuda pública pone en dudas la racionalidad productiva del biopoder

⁶ Al respecto es ilustrativa la película de Ken Loach “I, Daniel Blake” (2016), que ilustra las dificultades que tiene un trabajador con problemas cardíacos y una madre soltera para poder demostrar que son merecedores de asistencia social frente a los requisitos de la burocracia y las “irónicas” exigencias que les plantean.

⁷ En Argentina, desde que en los '90 el desempleo se volvió endémico, hemos tenido distintos regímenes de *workfare* y políticas sociales. Durante el gobierno de Cambiemos (2015-2019), que asumió con entusiasmo el discurso optimista de la meritocracia, el emprendedorismo y la eficiencia en la asignación de recursos, las pensiones por discapacidad fueron quitadas a muchos ciudadanos que las necesitaban, lo que los obligó a volver a gestionarlas, y se decretó la reducción de las indemnizaciones por accidentes laborales. Al mismo tiempo, las políticas de ajuste dispuestas para lograr la reducción del déficit tras el acuerdo con el FMI de mediados de 2018, no solo profundizaron la recesión económica, la inflación, el desempleo y la pobreza, sino que derivaron en un nuevo default, ya que el combate a la inflación y al déficit primario se dio en un marco de hiperendeudamiento que lleva a destinar cada vez más dinero al pago de intereses en detrimento de cualquier promoción de desarrollo económico y social.

estudiado por Foucault, pues hoy parece volverse a formas soberanas, no basadas en ninguna evidencia científica, y circulares, de ejercicio del poder. El neoliberalismo punitivo sería una manifestación de esta irracionalidad del poder soberano actual y de su definitivo alejamiento de la racionalidad democrático-liberal. En este sentido, Ramírez Gallegos afirma:

El “rostro humano” que el maridaje con cierto progresismo supo conferir en su momento al proyecto neoliberal le permitió encumbrarse como orden hegemónico global, en que elementos consensuales y coercitivos podían convivir aún en precario equilibrio. Es dicha convivencia la que ha entrado en crisis con la multiplicación de plataformas de gobierno –mucho más allá de Trump o Bolsonaro– cuyas convicciones neoliberales se afirman extramuros de algún relato democrático que dé soporte a la sociedad de derechos. Estaríamos, más bien, frente a un nuevo ciclo histórico de alcance global, en que el imperativo neoliberal disuelve sus mínimas bases consensuales y se proyecta como forma pura de dominación, renuente a cualquier compromiso robusto con la democracia y los derechos de las mayorías (Ramírez Gallegos, 2019).

4. ¿Fascismo neoliberal?

Este mismo proceso analizado por Davies ha llevado a algunos teóricos a caracterizarlo como el auge de un fascismo neoliberal. Con ello, los críticos no se refieren tanto a los partidos o movimientos neofascistas que existen en Europa desde hace décadas, que incluyen la violencia paramilitar contra los inmigrantes y que reivindican al fascismo histórico, sino al auge de la nueva derecha radical surgida como efecto y en el seno del propio neoliberalismo y que conjuga elementos xenófobos, misóginos, chauvinistas y aporofóbicos con la apología del mercado⁸. Este vínculo entre neoliberalismo y (neo)fascismo es explorado en un reciente libro colectivo publicado en España en cuyo prefacio se afirma que, más allá de las retóricas anti-establishment,

los nuevos fascismos mantienen un fuerte vínculo con los mercados, el poder financiero y el capitalismo global. Los estragos causados por el neoliberalismo (desigualdad, empobrecimiento, intemperie, miedo, resentimiento, desconfianza en la democracia) han preparado el terreno para que emerja un nuevo fascismo que, lejos de combatir al neoliberalismo causante, se ofrece a él para llevar su hegemonía aún más lejos. Un

⁸ Para una clara y exhaustiva distinción entre fascismo, neofascismo y derecha populista radical en Europa Occidental y Oriental y el caso del partido griego Amanecer Dorado, véase García Olascoaga (2018).

capitalismo que en su última fase no necesita ya la democracia puede funcionar sin ella. Un mercado que ha dado por liquidado el gran pacto social de postguerra, y cuyo dominio encuentra menos resistencia mediante el desguace de la democracia, optando por fórmulas autoritarias para asegurar ese dominio (Guamán *et. al.*, 2019: Prólogo).

En ese marco, Henry Giroux se refiere al ascenso de Trump como una síntesis de prácticas fascistas y neoliberales. Giroux (2018) entiende al neoliberalismo como la forma más predatoria de capitalismo, signado por la búsqueda de consolidar el poder en la élite financiera y de asegurar que no se puedan imaginar alternativas a su forma de gobernanza. Para Giroux, el odio neoliberal a la democracia, el bien común y el contrato social ha desatado elementos de un pasado fascista en el que la supremacía blanca, el ultranacionalismo, la misoginia y el odio a los inmigrantes se combinan en una mezcla tóxica de militarismo, violencia estatal y políticas de desechabilidad. Se eliminan los lazos sociales y las barreras morales, lo que habilita nuevas formas de violencia y crueldad, como la ejercida contra los inmigrantes enjaulados (Giroux, 2018).

Para Giroux se puede hablar de fascismo porque este no es algo fijo en la historia sino una ideología autoritaria y un comportamiento político que se caracteriza por una serie de pasiones movilizadoras (Paxton, 2019 [2004]) que incluyen el ataque a la democracia, el llamado al líder fuerte, un desprecio de las debilidades humanas, una obsesión con la hipermasculinidad, un militarismo agresivo, una apelación a la grandeza nacional, un desdén por lo femenino, un investimento en el lenguaje de la decadencia cultural, la retirada de los derechos humanos, la supresión del disenso, la propensión a la violencia, el desprecio a los intelectuales, un odio a la razón, fantasías de superioridad racial, y políticas eliminacionistas dirigidas a la limpieza social⁹.

En esta mezcla de barbarismo económico, nihilismo político, pureza racial, ortodoxia económica y sonambulismo ético, se ha producido una formación económico-política distintiva que llamo fascismo neoliberal. (Giroux, 2018, tr. propia)

Este nuevo fascismo se habría cocinado a fuego lento en EEUU, no solo a partir de las desigualdades generadas por la destrucción del Estado benefactor sino también a partir de la guerra contra el terrorismo de Bush y Obama, que puso en jaque al Estado de Derecho. Al mismo tiempo, en línea con lo señalado por Davies, Giroux sostiene que este estado corporativo

⁹ Algunas de estas características se encuentran en la definición de Ur-fascismo dada por Umberto Eco (2018).

impuso una crueldad incomprensible a los pobres y a las poblaciones negras vulnerables (Giroux, 2018).

Un aspecto premonitorio de este fascismo en fase de prueba sería el uso del lenguaje, puesto que el fascismo siempre empezaría por él antes de pasar a la violencia física¹⁰. Al inicio de su presidencia, la administración Trump sugiere a los oficiales de los Centros de Control de Enfermedades no usar palabras como “vulnerable”, “derecho”, “diversidad”, “transgénero”, “feto”, “basado en evidencia” y “basado en la ciencia”¹¹. Inmediatamente después, se borraron referencias al cambio climático y el efecto invernadero de los sitios web oficiales¹² como así también la información sobre ciudadanos LGBTQ¹³. Además, se ha usado un lenguaje deshumanizante que recuerda al nazismo, como llamar “animales”¹⁴ a los inmigrantes indocumentados, que “infestan nuestro país”.¹⁵ Por otra parte, Trump ha minimizado la violencia de las marchas de los supremacistas blancos y neonazis, alentando implícitamente el aumento que se viene registrando de crímenes de odio racial. Esto también impacta en el terreno de la memoria pública, donde se intenta eliminar la violencia genocida contra los americanos nativos, esclavos negros y afroamericanos (Giroux, 2018).

Según Giroux (2018), en el contexto neoliberal, la libertad se transforma en obsesión con el autointerés, parte de una cultura de guerra que enfrenta a los individuos en un marco de indiferencia, violencia y crueldad que rechaza cualquier sentido de responsabilidad moral y política. El fascismo neoliberal insiste en que todo debe ser rehecho a imagen del mercado. Cada uno está sujeto a un lenguaje de responsabilidad individual y a un aparato disciplinario que da por tierra con el sueño de movilidad social. Todos los problemas de este capital humano deben ser resueltos por el propio individuo.

En la misma sintonía, desde Francia, Éric Fassin (2018) sostiene que asistimos a una reconstrucción fascista del neoliberalismo y también se refiere al gobierno de Macron como

¹⁰ De hecho, el uso de una suerte de neolengua deformada ha sido reconocida como un rasgo característico de regímenes totalitarios tanto en el análisis histórico-filológico (Klemperer, 2001) como en la literatura (Orwell, 2013).

¹¹ Recuperado de <https://edition.cnn.com/2017/12/16/health/cdc-banned-words/index.html>.

¹² Recuperado de <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/trump-climate-change-government-websites-global-warming-a9020461.html>.

¹³ Recuperado de https://www.playgroundmag.net/cultura/trump-esta-eliminando-informacion-lgtb-de-sus-webs_30727984.html.

¹⁴ *CBS News, Trump calls some illegal immigrants “animals” in meeting with sheriffs.* Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=3tmT7-dhOWs>.

¹⁵ Tweet de Donald Trump del 19 de junio de 2018. Recuperado de <https://twitter.com/realDonaldTrump/status/1009071403918864385?s=20>.

liberalismo iliberal. Fassin señala que en Europa las decisiones económicas parecen ser demasiado importantes como para dejarlas al arbitrio de los pueblos, lo cual torna a la democracia irrelevante. Por eso se pregunta cómo pensar de manera conjunta el auge de la extrema derecha y la deriva autoritaria del neoliberalismo. Por un lado, el auge del supremacismo blanco, machista y xenófobo. Por otro lado, los golpes de Estado democráticos, a través de los bancos, el *Lawfare*, etc. A ello se suma la represión violenta de cualquier tipo de protesta. Para Fassin (2018), el liberalismo iliberal no se reduce a la extrema derecha antieuropea, sino que caracteriza perfectamente a quienes, como Macron, buscan salvar a los franceses de la extrema derecha imitando su política. Para Fassin, no alcanza con hablar de un populismo de derecha. Se trataría de un populismo neofascista que, al igual que el fascismo histórico, promueve el racismo y la xenofobia, un borramiento de las fronteras entre derecha e izquierda, la veneración del líder carismático y la celebración de la nación, el odio de las élites y la exaltación del pueblo, el desprecio por el Estado de derecho y la apología de la violencia. En ese marco, no hablar de neofascismo sería una especie de eufemismo que impide la movilización política, cuando lo que se necesita es un antifascismo que exija cuentas al neoliberalismo como responsable de la deriva fascista a la que estamos asistiendo.

Yendo un paso más lejos en el mismo sentido, Alliez y Lazzarato sostienen que, a “la era de la desterritorialización” de los 90 y 2000 le sigue “la reterritorialización racista, nacionalista, machista y xenófoba de Trump”, como cabeza visible de “los nuevos fascismos” (2016: 14. Traducción propia).

Para Lazzarato, esta situación no debería sorprendernos ya que ninguno de los neoliberales estudiados por Foucault se horrorizaría frente a esta situación (Lazzarato, 2019: 10). Por el contrario, este nuevo fascismo es la otra cara del neoliberalismo (Lazzarato, 2019: 9). No solo no habría que olvidar los orígenes fascistas de las políticas neoliberales en la contrarrevolución mundial de fines de los '60 y en su implementación en América Latina, sino que la guerra y el fascismo serían fuerzas políticas y económicas decisivas para la acumulación de capital y la “reconversión de los dispositivos económicos, jurídicos, estatales gubernamentales. A partir de 2008, hemos entrado en una nueva secuencia de este género” (Lazzarato, 2019: 25).

Según Lazzarato, los nuevos fascismos han conquistado la hegemonía política de dos maneras: al declarar retóricamente una “ruptura” con el “sistema” neoliberal y sobre todo designando al inmigrante, al refugiado, al musulmán como el enemigo. El neofascismo resultaría de una doble mutación: por un lado, del fascismo histórico, y por otro, de la organización y de la violencia contrarrevolucionaria. En el primer sentido, a diferencia del fascismo histórico, el actual no es nacional-socialista sino nacional-liberal. Este nuevo fascismo está a favor del mercado, la empresa, la iniciativa individual, incluso si quiere un estado fuerte, por un lado, para reprimir minorías, “extranjeros”, delincuentes, etc., y, por otro, como los ordoliberales, para construir el mercado, la empresa y especialmente la propiedad. En referencia a la violencia contrarrevolucionaria, el nuevo fascismo no necesitaría apelar a la violencia paramilitar como el fascismo histórico cuando buscaba destruir militarmente las organizaciones de trabajadores y mujeres campesinas, porque los movimientos políticos contemporáneos están muy lejos de amenazar la existencia del capital y su sociedad (Lazzarato, 2019: 36).

Finalmente, Lazzarato nos recuerda que, para Mises, el fascismo salvó a la civilización occidental del avance del comunismo, que la relación entre finanzas, mercado mundial, liberales y fascistas fueron fluidas en los años '20 y que solo se vieron interrumpidas por la crisis del 29 y que los capitalistas y los liberales nunca dudaron en apelar a soluciones fascistas cuando consideraron que la propiedad privada estaba en riesgo (2019: 41).

Por su parte, María Galindo sostuvo, en su polémica reseña post golpe de Estado en Bolivia, titulada “La noche de los cristales rotos”, en clara alusión a la *Kristallnacht*, que asistimos a una etapa fascista del neoliberalismo. En esta mirada, Bolivia sería testigo de una disputa entre dos fascismos, el de la oligarquía cruceña y el del MAS, que se inscriben en el vaciamiento de la democracia liberal y la privatización de la política producida por el neoliberalismo, de la cual la política caudillista de Evo Morales sería expresión. Para Galindo, la crisis de la democracia

expulsa a la sociedad y las luchas sociales por fuera de “la política” y nos aleja de la idea de que las soluciones son “políticas”, son deliberativas o son en base a acuerdos. Se instala la fascistización generalizada, el terror, para convertir las soluciones legítimas y los cuestionamientos sociales en escenarios de contraposición violenta de fuerzas. A eso le vengo llamando la fase fascista del neoliberalismo (2019a).

Para Galindo, es la ausencia del espacio deliberativo de la política la que abre la puerta a los fanatismos alimentados por una visión religiosa, maniquea, de la que resultaría difícil sustraerse. Si bien reconocía que, tras la destitución de Evo Morales, Bolivia estaba “a punto de convertirse en una dictadura fascista y racista” (2019b), lejos de identificarse con alguno de los “bandos”, apelaba al humor y a recuperar espacios de deliberación como el parlamento de mujeres¹⁶.

En resumen, las perspectivas comentadas en este apartado no dudan en caracterizar el momento actual como fascismo neoliberal o neofascismo. El fascismo no sería así un fenómeno históricamente datado sino una solución política a la que recurre el capitalismo, en este caso neoliberal, ante momentos de crisis de hegemonía.

5. ¿Postfascismo?

Más matizadas son las perspectivas de historiadores como Enzo Traverso o Robert Paxton, que han estudiado la violencia genocida y totalitaria y la anatomía del fascismo clásico. Para Traverso (2016), en una tensión característica entre historia y memoria, no se puede hablar de fascismo sin más para caracterizar el ascenso de las derechas radicales, pero tampoco se lo puede descartar, en la medida en que la memoria pública trae a colación dicho concepto. Por ello, teniendo en cuenta que ha cambiado radicalmente el contexto respecto a un siglo atrás, pero que a su vez la democracia se halla nuevamente amenazada desde el interior, propone el término postfascismo. Una de sus características centrales es que los mitos sobre el pasado no miran a instituir una sociedad nueva sino a restaurar un pasado imaginario. Es como si el horizonte de expectativas estuviese bloqueado no solo para quienes quisieran el fin del capitalismo sino también para las fuerzas neoliberales.

Los enemigos de este postfascismo ya no serían el comunismo ni el movimiento obrero, sino las minorías étnico-religiosas, los inmigrantes, etc. En ese marco, Traverso considera que Francia es un caso testigo para observar la proliferación de este fenómeno a nivel europeo. En el postfascismo, la juefobia ha sido reemplazada por la islamofobia y el racismo se ha

¹⁶ Galindo no ha sido la única intelectual del feminismo antipatriarcal y comunitario que se expresó en esos términos en dicha coyuntura. En medio del golpe y la brutal represión que le siguió, intelectuales de la talla de Silvia Rivera Cusicanqui (2019), Raquel Gutiérrez Aguilar (2019) y Rita Segato (2019) han continuado sus críticas al MAS por su verticalismo y caciquismo, acusando a Evo Morales de ser el responsable de su propia destitución y destacando su machismo, incluso cuando Segato reconoce que detrás de golpe de Estado hay un fundamentalismo que secuestra al cristianismo y lo lleva al “fascismo”.

culturalizado, marcando una incompatibilidad entre el mundo judeocristiano y el islam tomando como referencia a la Ilustración. Aunque suene paradójico, a la vez que se opone a la “ideología de género”, esta nueva derecha denuncia que el islam no respeta los derechos de las mujeres ni de los homosexuales. De este modo, el universalismo ilustrado se convierte (nuevamente) en un vector de xenofobia. Por lo demás, dicha islamofobia tiene una matriz colonial, pero ya no se trata de conquistar y colonizar al otro, sino de expulsarlo.

En una línea similar podríamos colocar la propia caracterización de Trump que hacía en una entrevista Robert Paxton (2019) en los meses previos a su elección como presidente de EEUU. Paxton prefiere hablar de cuasifascismo o profascismo, para diferenciar a Trump del fascismo histórico, pues si bien existían importantes analogías de estilo, en sus temas y técnicas de campaña, como el miedo al declive nacional, del cual culpa al inmigrante como enemigo interno, la necesidad de un líder fuerte, una política exterior agresiva, su desprecio por el estado de derecho, etc., también destacaban diferencias en sus propósitos fundamentales: mientras que los fascismos clásicos prometían unir la nación fragmentada por la lucha de clases y subordinaban la voluntad individual al interés nacional, Trump trabaja por un individualismo y una plutocracia desembozados. A su vez, Trump no busca reemplazar las instituciones existentes ni tampoco se enfrenta con una revolución comunista (Paxton, 2016).

En ese mismo sentido es que Alain Badiou (2019) al día siguiente de la elección de Trump hablaba de “fascismo democrático”, el cual contiene componentes racistas, chauvinistas, etc. y se sostiene en un discurso que desprecia la racionalidad y la argumentación a favor de la producción de reacciones emotivas. En ese marco, Badiou afirma que la situación actual se caracteriza por la dialéctica entre cuatro factores: 1. La violencia ciega del capitalismo contemporáneo. 2. La caída de la oligarquía política clásica. 3. La frustración y desorientación de las personas frente a la brutalidad del capitalismo contemporáneo. 4. La ausencia de una dirección estrategia alternativa, es decir, la fragilidad de una Idea comunista (Badiou, 2019).

Por su parte, Diego Sztulwark (2019) señala que un rasgo común a toda forma de neoliberalismo es su intolerancia frente a las formas de vida que no se conforman a los modos de vida estandarizados propuestos por el mercado y a la creación de formas de vida singulares. En ese marco, sostiene que, si en su etapa optimista el neoliberalismo operaba mediante el *coaching*, tras la pérdida del control sobre los equilibrios sociales básicos se resaltan sus rasgos fascistas,

apuntando contra todo aquello que en el campo social aparece como sintomático o anormal, buscando su propia verdad por fuera de la mercancía y poniendo límites a la acumulación de capital y al control del capital sobre la vida. Para Sztulwark, la base del “devenir neofascista del neoliberalismo” tiene que ver con un odio existencial y político hacia el síntoma. “La fobia al síntoma –a la diferencia sexual, racial, clasista–, expresa el horror neoliberal ante la amenaza de colapso que representa la tendencia a la autonomización de las formas de vida” (Sztulwark, 2019: 69). Para Sztulwark, este desprecio por lo sintomático y las pulsiones igualitaristas es común a liberal-conservadores como Macri y “neofascistas” como Bolsonaro y tendría una filiación directa con la represión contrarrevolucionaria de los ‘70.

Sin embargo, hablar de neofascismo no quiere decir que se repita el fascismo histórico. En ese marco, Sztulwark adhiere a la idea de Traverso de marcar continuidades en la discontinuidad histórica y sostiene que es posible hablar de un fascismo posmoderno como “un tipo específico de vitalismo que se afirma en cierta esencia o pureza étnica, de clase o nacional por medio de una violencia intolerante y a través de la inferiorización de poblaciones enteras, se trate de migrantes, negros, mujeres, u homosexuales” (2019: 78). Este fascismo posmoderno funciona en alianza con la absolutización de los valores de la empresa sobre la vida (2019: 89).

La guerra es, ciertamente, contra toda potencia de fractura, contra todas las vidas que desmienten en su práctica el imperativo de siempre producir más o morir, contra todas las corporalidades que ensayan formas de vida que merecen ser vividas (Munhti, 2019).

En este apartado, hemos visto una serie de perspectivas que buscan mostrar la ambivalencia del término fascismo y que no puede establecerse una continuidad lineal con los fascismos históricos. En ese marco, más allá de su potencial para la movilización política, y de algunas analogías no despreciables con el fascismo clásico que hemos señalado en el apartado precedente, cabría preguntarse si “fascismo” es el mejor modo de conceptualizar los movimientos que conjugan el neoliberalismo con el autoritarismo político o la cultura reaccionaria.

6.a. Pensar la especificidad de los neoliberalismos actuales

Evidentemente las analogías con el pasado son tentadoras, pero las diferencias saltan a la vista. El fascismo surgió históricamente como un modo de salvar al capitalismo tras la crisis de la

primera posguerra y de 1929 mediante regímenes de poder nacionalistas, xenófobos y autoritarios. La solución fascista se dio en un marco de temor hacia el comunismo y al poder de la clase obrera organizada, que luego llevó a imponer el Estado de bienestar en Occidente. Por el contrario, hoy el capitalismo puede producir todo tipo de desastres sociales, económicos y ecológicos, pero no tiene ningún movimiento político rival de envergadura que pueda poner su continuidad en discusión. Por eso resulta paradójico que se apliquen políticas de contrainsurgencia en momentos y lugares donde no hay insurgencia alguna (Harcourt, 2018).

Por otro lado, es cierto que estos nuevos movimientos políticos promueven el miedo, el odio y la violencia contra poblaciones determinadas, incluso habilitando expresiones de violencia callejera, justicia por mano propia (Rodríguez Alzueta, 2019), uso de armas, etc., todo lo cual abonaría la hipótesis fascista. Sin embargo, el objetivo último de las derechas radicales actuales no es producir la movilización permanente del pueblo contra sus enemigos, ni el encuadramiento de la sociedad en organizaciones controladas desde el Estado, sino la empresarialización de la existencia y la competencia a todo nivel. De hecho, muchos de estos líderes y movimientos usan las redes sociales como vehículos de propagación del odio y no las grandes movilizaciones callejeras.

Además, la política de guerra exterior no parece estar signada por motivos de expansión de una raza en detrimento de las demás ni la anexión territorial sino por la desposesión de recursos estratégicos, la creación de mercados y la expansión del propio capitalismo. Por eso, entendemos que, desde un punto de vista histórico, la referencia al fascismo resulta problemática.

En esta línea, Atilio Borón (2019) sostiene que es un error calificar a líderes como Bolsonaro de fascistas, porque el fascismo no tiene que ver con una cuestión psicológica sino sociohistórica. El fascismo sería “una forma excepcional del Estado capitalista, con características absolutamente únicas e irrepetibles”, producto de la crisis de la democracia burguesa de entreguerras. Para Borón, no puede haber fascismo hoy, porque esa fue la salida reaccionaria de burguesías nacionales frente a una crisis de hegemonía, mientras actualmente la burguesía nacional no existe. En segundo lugar, señala que los fascismos fueron estatistas, intervencionistas y proteccionistas, mientras que Bolsonaro ha dejado la economía en manos de Guedes, un “Chicago boy”. Tercero, los fascismos europeos buscaron movilizar y organizar a las masas, especialmente las capas medias, mientras que Bolsonaro busca despolitizar a la sociedad.

Cuarto, los fascismos eran profundamente nacionalistas, buscando insertar a sus naciones en el reparto del mundo, mientras que el nacionalismo de Bolsonaro es meramente retórico y promueve la subordinación de Brasil a los Estados Unidos. Esto no significaría, para Borón, que el gobierno de Bolsonaro se abstenga de reprimir brutalmente a sus enemigos, pero, al igual que las dictaduras genocidas que el propio líder brasileño reivindica, no se trata de fascismo sino de otra forma de autoritarismo.

Como señala Ramírez Gallegos (2019), el escepticismo hacia la “hipótesis fascista” también ha sido claramente expresado por la filósofa estadounidense Wendy Brown (2018). Para ella, la novedad del presente radica en que el neoliberalismo ha promovido una libertad no democrática y una fuerte idea de autoridad. Trump sería el emergente de la confluencia entre estatismo y el derecho de decir, pensar, sentir o hacer lo que a uno se le antoje (hoy asociados a la alt-right). Como señalara Fraser (2017), la elección de Trump fue el golpe de gracia a un neoliberalismo progresista y multicultural llevado adelante por gobiernos socialdemócratas, que alentaron la financiarización y produjeron un aumento estrepitoso de la desigualdad. Así, el heredero y el resultado del “neoliberalismo progresista”, que destruyó todos los vínculos de solidaridad colectiva y bienestar público, sería el “autoritarismo libertario”.

En esta línea podría insertarse la caracterización del nuevo neoliberalismo que hacen Dardot y Laval, como una experiencia que deshace a la democracia a favor de una oligarquía plutocrática y expertocrática (Dardot y Laval, 2017). Para los franceses, la democracia se ha vuelto un obstáculo para la dominación neoliberal, que hoy moviliza los resentimientos de las poblaciones contra nuevos chivos expiatorios. Sostienen que, en el pasado, el neoliberalismo se ha asociado a menudo a la apertura, al progreso, a las libertades individuales, al Estado de derecho. Actualmente se conjuga con el cierre de fronteras, la construcción de muros, el culto a la nación y la soberanía del Estado, la ofensiva declarada contra los derechos humanos, acusados de poner en peligro la seguridad. En ese marco, Trump sería el símbolo de un giro hacia

tendencias nacionalistas, autoritarias y xenófobas hasta el punto de asumir la referencia al fascismo, como en el caso de Matteo Salvini, o a la dictadura militar en el de Bolsonaro. Lo fundamental es comprender que estos gobiernos no se oponen para nada al neoliberalismo como modo de poder. Al contrario, reducen los impuestos a los más ricos,

recortan las ayudas sociales y aceleran las desregulaciones, particularmente en materia financiera o ecológica (Dardot y Laval, 2019)¹⁷.

Lo interesante del planteo de los franceses es que reconocen que lo autoritario no es solamente la forma política o el discurso sino los propios dispositivos de poder neoliberales. Recuperando el trabajo de Foucault, advierten que la novedad consiste en que

el antidemocratismo innato del neoliberalismo, manifiesto en algunos de sus grandes teóricos, como Friedrich Hayek, se plasma hoy en un cuestionamiento político cada vez más abierto y radical de los principios y las formas de la democracia liberal. El segundo error, más reciente, consiste en explicar que nos hallamos ante un nuevo fascismo neoliberal, o bien ante un momento neofascista del neoliberalismo... ¿acaso esto justifica que se mezcle en un mismo fenómeno político el ascenso de las extremas derechas y la deriva autoritaria del neoliberalismo? (Dardot y Laval, 2019)

Para los franceses, un orden basado en la competencia llevada a todos los ámbitos, la destrucción de las instancias de solidaridad colectiva, la empresarialización y precarización de la existencia dieron lugar a una crisis profunda de la democracia liberal y social que se había construido en la Europa de posguerra, y a la que los teóricos neoliberales atacaron tempranamente. Lejos de la otrora prometida democracia de mercado, asistimos a una desdemocratización (Brown, 2016), donde la explotación de la cólera por parte de la extrema derecha da lugar a un neoliberalismo más agresivo y militarizado: “En el fondo es como si el neoliberalismo aprovechara la crisis de la democracia liberal-social que ha provocado y que no cesa de agravar para imponer mejor la lógica del capital sobre la sociedad” (Dardot y Laval, 2019).

Según Dardot y Laval, este neoliberalismo pone en marcha un “gobierno de guerra civil”, una guerra contra todas las fuerzas que se resisten a las *reformas* y que justifica la toma de medidas excepcionales.

Puesto que estamos en guerra, los principios de la división de poderes, de los derechos humanos y de la soberanía del pueblo ya solo tienen un valor relativo. En otras palabras, la democracia liberal-social tiende progresivamente a vaciarse para pasar a no ser más que la envoltura jurídico-política de un gobierno de guerra. Quienes se oponen a la

¹⁷ De hecho, como muestra Sauvêtre (2019), hay una filiación directa entre los discursos de Thatcher hacia el final de su mandato y de los paleoconservadores y paleolibertarios norteamericanos de principios de los ‘90 con el auge de un nacional-neoliberalismo que es a la vez nacionalista, anti-inmigrante, contrario a las instituciones globales y favorable a la expansión del mercado mundial desde la particularidad de cada nación.

neoliberalización se sitúan fuera del espacio público legítimo, son malos patriotas, cuando no traidores. (...) Esta matriz estratégica de las transformaciones económicas y sociales, muy cercana a un modelo naturalizado de guerra civil, se junta con otra tradición, esta más genuinamente militar y policial, que declara la seguridad nacional la prioridad de todos los objetivos gubernamentales. (...) llegando incluso a incorporar en la ley la vigilancia masiva de la población, la legalización del encarcelamiento sin juicio o el uso sistemático de la tortura. (Dardot y Laval, 2019)

En ese marco, los autores recuperan a Bernard Harcourt (2018), para quien este modelo de gobierno, que se inspira en las guerras contrainsurgentes del ejército francés en Argelia e Indochina, consiste en “hacer la guerra a toda la ciudadanía”, buscando “reducir por todos los medios a un enemigo interior y exterior omnipresente”, aunque este enemigo no exista. Para ello se militariza a la policía y se reúne información de toda la población (Harcourt, 2018). En este “nuevo estado de legalidad” (Harcourt, 2018) que sanciona lo que eran medidas de emergencia frente a las crisis económicas y sociales, la ley ya no funciona como límite al poder neoliberal sino como un instrumento que este utiliza contra la democracia¹⁸. En ese marco, el “Estado de derecho no está siendo abolido desde fuera, sino destruido desde dentro para hacer de él un arma de guerra contra la población y al servicio de los dominantes” (Dardot y Laval, 2019).

6.b. Neoliberalismo reaccionario y punitivo en Latinoamérica

En América Latina, la tradición del liberalismo autoritario tiene una larga data, incluso en la constitución de las propias Repúblicas que despreciaron el legado amerindio y continuaron así con el proceso colonial aun después de las independencias. América Latina también fue el laboratorio donde se ensayaron las primeras experiencias neoliberales en un contexto de extrema violencia estatal. Desde entonces, las derechas latinoamericanas se caracterizan por conjugar el neoliberalismo con una matriz cultural conservadora o reaccionaria, según el caso, que cuestiona legados de la propia tradición liberal como los derechos humanos e incluso el estado de derecho, al que consideran que defiende a “los delincuentes” frente a las víctimas del delito o a “los subversivos” frente a las fuerzas del orden, al tiempo que se descalifica el derecho a la legítima

¹⁸ En ese sentido, Harcourt (2018) señala que la transformación que vivimos no va del gobierno de la ley al estado de excepción sino de un modelo de gobierno basado en la guerra de gran escala a otro basado en estrategias contrainsurgentes.

defensa en los tribunales, el principio de inocencia o incluso la oposición al accionar arbitrario de las fuerzas de seguridad. Al mismo tiempo, esta derecha se halla en una cruzada contra el aborto, el feminismo y la “ideología de género”, algo que, si bien existe en otras latitudes, se articula aquí fuertemente con el auge de la religión como fuerza política-electoral. El caso más significativo lo constituye Brasil, por su importancia geopolítica y poblacional, donde los sectores evangélicos tienen un rol político y cultural destacado y donde los crímenes contra miembros de la comunidad LGTBIQ son moneda corriente. Con la presidencia de Bolsonaro, el gobierno central asume como tarea combatir abiertamente al feminismo y la “ideología de género”, a la vez que se amalgama el antipetismo con el anticomunismo. Es decir, así como tenemos una contrainsurgencia sin insurgencia y una contrarrevolución sin revolución, también revive el anticomunismo sin comunismo, algo que también se ha hecho presente en el discurso político argentino.

Estas tendencias se han verificado recientemente en Bolivia, donde el golpe de Estado contra el gobierno del MAS. Aquí la religión se mezcla con el racismo como un factor político decisivo, reeditando escenas y discursos propios de la conquista de América y donde las fuerzas represivas tienen licencia para matar sin que ello tenga consecuencias legales. Las fuerzas políticas, policiales y militares despliegan una guerra contrainsurgente contra un gobierno constitucional y contra una parte de la población inerte, a la que no dudan de calificar como subversiva y todo ello con el beneplácito de la comunidad internacional.

En efecto, durante el nuevo ciclo de protestas que se dio en 2019 frente a gobiernos de distinta matriz político-ideológica, aparece nuevamente el fantasma de un enemigo interno cuyos contornos y procedencias nadie podría definir. Mientras Bolsonaro declara la guerra al comunismo y a la ideología de género, el gobierno de Macri declara la guerra a un imaginario terrorismo mapuche que amenazaría la soberanía nacional. Al mismo tiempo, los sectores golpistas de Bolivia declaran una guerra contra “indios y ladrones” que han contaminado las instituciones con el paganismo de la Pachamama, el gobierno ecuatoriano reprime brutalmente a los indígenas que protestan, mientras que la declaración de guerra del presidente chileno Piñera frente a un enemigo poderoso que, al decir de su esposa, estaría compuesto por alienígenas, es sintomática de la necesidad de declarar la guerra a cualquier posibilidad de atenuar el avance del neoliberalismo. El caso chileno es el que mejor explicita una guerra silenciosa que el neoliberalismo viene ganando desde hace cuatro décadas en su ataque a los derechos sociales, a

la posibilidad de un trabajo bien remunerado y con derechos laborales, al derecho a la educación, la salud, la vivienda y el medio ambiente, hoy reemplazados por el derecho a endeudarse. Podría decirse así que el neoliberalismo viene, con sus lógicas empresariales, competencialistas, precarizadoras y desposesivas a completar un cuadro de violencia contra las poblaciones americanas que comienza con la conquista y la acumulación originaria, pero que nunca deja de actualizarse.

Sin embargo, el caso latinoamericano también muestra las diferencias ya comentadas entre la tradición golpista y dictatorial con el fascismo histórico. Lejos de buscar movilizar o encuadrar a la sociedad en organizaciones paraestatales o engrandecer la nación, el objetivo de la violencia genocida de las dictaduras y de los movimientos políticos que heredan parte de su legado es terminar con la tradición movimientista y las aspiraciones transformadoras que tuvo la política popular del siglo XX en estas latitudes e instituir un nuevo modo de vida que tenga al mercado, la empresa y la competencia como sus ejes centrales.

7. Neoliberalismo y fascismo según Foucault

Como comentamos al inicio de este trabajo, Foucault dedica gran parte de su curso de 1979 al neoliberalismo (2008). Por el contrario, el término fascismo aparece a cuentagotas en distintos momentos de su obra y con distintos sentidos, en una tensión entre un uso histórico, uno político y otro ético-filosófico.

Desde el punto de vista histórico, Foucault considera, en una entrevista de 1974 con *Cahiers du Cinema*, que el fascismo no es una mera dictadura de una fracción reaccionaria de la burguesía, como interpretaba cierto marxismo, sino un régimen en el cual una parte considerable de la población toma a su cargo funciones de represión, control y policía (1994: 654). En ese marco, como también sucede en una entrevista con Deleuze de 1972 titulada “*Les intellectuels et le pouvoir*”, Foucault sostiene que en el momento del fascismo las masas han deseado ese tipo de poder que se ejerció sobre ellas (1994: 314-315).

Sin embargo, en una entrevista de 1977, Foucault señalaba la falta de análisis histórico preciso en la afirmación del deseo de las masas por el fascismo, término que se convierte en:

un significante flotante, cuya función es esencialmente de denuncia: los procedimientos de cualquier poder son sospechosos de fascismo, igual como las masas son sospechosas de serlo en sus deseos. Bajo la afirmación del deseo que las masas sienten por el fascismo yace un problema histórico que no nos hemos preocupado de resolver (Foucault, 1981: 79).

Por otra parte, Foucault considera que “a pesar de su singularidad histórica”, ni el estalinismo ni el fascismo son “completamente originales”, pues “han utilizado y extendido mecanismos de poder ya existentes en la mayoría de las otras sociedades” y “han utilizado las ideas y los procedimientos de nuestra racionalidad política” (1994: 224).

Después de todo, la organización de los grandes partidos, el desarrollo de los aparatos policiales, la existencia de técnicas de represión como campos de trabajo, todo esto era una herencia, pura y dura, de la estructura de las sociedades occidentales liberales, que el estalinismo y el fascismo se limitaron a retomar (Foucault, 1999b: 112).

En ese marco Foucault señala que, si el siglo XIX estuvo marcado por la pregunta por la explotación económica, el siglo XX estaría signado por la pregunta por el exceso de poder del que el estalinismo y el fascismo son sus formas más extremas. De allí la necesidad de hacer ya no solo una crítica de la economía política sino también una economía de las relaciones de poder.

Para Foucault, el problema del exceso de poder en todas sus formas, y ya no solo de la explotación, es algo que coloca al estalinismo y al fascismo como virtualidades siempre presentes¹⁹. (1999b: 112-113) Por otro lado, señalará que la filosofía debe ser una especie de límite a ese poder. Por eso, cuando en su prefacio de 1977 a la edición norteamericana del *Antiedipo* se refiere al antifascismo de Deleuze y Guattari, Foucault habla no solo del fascismo histórico sino también de un fascismo que está dentro de nosotros, que habita nuestras prácticas cotidianas, que nos hace amar el poder, desear aquello que nos domina y explota (Foucault, 1999: 387). Por eso Foucault considera al *Antiedipo* como un libro de ética que nos enseña a transitar una forma de vida no fascista, a desterrar el fascismo de nuestros modos de militar,

¹⁹ Según Lazzarato, esto mostraría que Foucault ha comprendido el vínculo entre Estado y fascismo, pero no con el capital, que hace del fascismo y Estado componentes de su máquina de guerra (Lazzarato, 2019: 38). Por eso el fascismo no es solo una virtualidad que puede actualizarse, como denunciaba Primo Levi, sino que “los fascismos, el racismo, el machismo, y las jerarquías que producen están inscriptos de manera estructural en los mecanismos de funcionamiento de la acumulación de capital y de los Estados” (Lazzarato, 2019: 38-39. Traducción propia).

hablar, desear, gozar, de comportarnos. Para Foucault, se trataba de transformar no solo las relaciones de poder sino también transformarnos a nosotros mismos.

Como vemos, en Foucault existe una ambivalencia entre el fascismo como un fenómeno históricamente singular, una matriz virtual que lleva al exceso de poder y un modo de vida que habita nuestra cotidianidad²⁰. En ese sentido, podríamos decir que las reflexiones de Foucault en torno a la parresia, el cuidado de sí y al uso de los placeres formarían parte de una militancia por una vida otra, una vida no fascista. En todo caso, si el fascismo es un significante flotante, es por la politicidad intrínseca de cualquier uso que se haga de este término fuera de su contexto original. Eso lo vuelve analíticamente problemático y, a la vez, políticamente insoslayable.

A modo de cierre

A estas alturas es reconocido por amplios sectores políticos e intelectuales críticos que el neoliberalismo actual se caracteriza por un ataque constante a la democracia, los derechos humanos y al propio estado de derecho, incluso en los países donde estas tradiciones se originaron. En ese marco, en contextos de crisis del capitalismo neoliberal, como el que se dio en 2008 y el que vivimos actualmente, emergen movimientos políticos que reivindican abiertamente la xenofobia, el machismo, la aporofobia, y el supremacismo étnico. Este auge de una derecha radical y abiertamente autoritaria lleva a una serie de teóricos a argumentar que asistimos a un nuevo fascismo que, más allá de ciertas retóricas antiglobalización, se articula con el neoliberalismo y su vocación de expandir el mercado a todos los terrenos geográficos y existenciales.

Sin desconocer la especificidad del momento actual, y sin desmerecer dichas perspectivas, aquí intentamos proponer que hay elementos autoritarios inherentes al neoliberalismo como racionalidad gubernamentalidad y como movimiento político-ideológico y que, en ese marco, la noción de fascismo neoliberal puede llevar a desconocer su especificidad. A diferencia de lo que sucedía con el fascismo, las guerras y la acumulación por desposesión que el neoliberalismo lleva a cabo desde hace décadas contra las poblaciones en las que se implanta no buscan engrandecer a una nación o encuadrar a las poblaciones en torno a un mítico proyecto

²⁰ Como planteaba Sztulwark (2019), en el neoliberalismo este modo de vida fascista tiene que ver con el rechazo de cualquier síntoma.

colectivo ni desbaratar una inexistente amenaza revolucionaria. Más bien, de lo que se trata es de eliminar cualquier posibilidad de acción colectiva y solidaria, puesto que la sociedad neoliberal se debe regir por la lógica de la competencia y del rendimiento, instalando nuevas formas de disciplina a través de la precarización cada vez más acentuada de las condiciones vitales, el endeudamiento como dispositivo de control y la mercantilización de la existencia.

Por eso, si bien nociones como neofascismo, postfascismo, o fascismo neoliberal tienen un potencial crítico y político insoslayable, sostenemos que entender las dinámicas autoritarias y violentas del propio neoliberalismo –más allá de sus versiones multiculturales o etnocéntricas, progresistas o reaccionarias, globalistas o nacionalistas–, y su amenaza a las bases mismas de la democracia liberal, debería permitirnos pensar otras formas de gobernarnos y de vivir. Porque antes que un régimen político determinado, la racionalidad gubernamental neoliberal busca producir, de manera a menudo violenta, subjetividades empresariales y modos de vida estandarizados (Sztulwark, 2019) a través de la disciplina de la precariedad, el endeudamiento, el rendimiento y la competencia. Y cuando las poblaciones se rebelan frente a esa realidad, la represión no tarda en llegar.

Por eso, si bien es impreciso el término “fascismo” para establecer un diagnóstico del presente, tampoco se lo puede descartar cuando buscamos denunciar el exceso o la arbitrariedad del poder y pensar un *ethos* y un modo de gobernarnos alternativo. Más allá de cómo podamos pensar analíticamente el nuevo neoliberalismo, nuestra apuesta pasa a promover una vida no fascista, que debería comenzar por reconocer la violencia que habita nuestras instituciones y nuestra vida cotidiana e instituir nuevas formas de relacionarnos y de cooperar. Una vida no fascista hoy pasaría por rechazar el individualismo posesivo, con sus derivas autoritarias y excluyentes y por practicar una ética y una política que conjugue lo singular y lo común.

Bibliografía

Alliez, Éric & Maurizio Lazzarato. *Guerres et Capital*, Paris : Amsterdam.

Badiou, Alain. 2019. *Trump*. Cambridge UK, Medford MA: Polity.

Bassets, Marc. 2016. “Con Trump tenemos una especie de cuasifascismo populista, no un fascismo plenamente desarrollado: Entrevista con el historiador Robert O. Paxton, autor de

- ‘La anatomía del fascismo’.” *El país*, 6 de Junio de 2016. Disponible en https://elpais.com/internacional/2016/06/05/estados_unidos/1465162717_340531.html.
- Becker, Gary Stanley. 2014. *Human capital: A theoretical and empirical analysis, with special reference to education*. Chicago, London: University of Chicago Press.
- Berardi, Franco. 2003. *La fábrica de la infelicidad: Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Mapas 5. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Borón, Atilio. 2019. “Bolsonaro y el fascismo”, *Página 12*, 02/01/2019, <https://www.pagina12.com.ar/165570-bolsonaro-y-el-fascismo>
- Brown, Wendy. 2016. *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Brown, Wendy. 2018. “Where the fires are. Wendy Brown interview with Jo Littler”, *Soundings*, 68, Spring 2018, <https://www.lwbooks.co.uk/soundings/68/interview-where-the-fires-are>
- Dardot, Pierre y Cristian Laval. 2015. *La nueva razón del mundo: Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Dardot, Pierre y Cristian Laval. 2017. *La pesadilla que no se acaba nunca: El neoliberalismo contra la democracia*, Barcelona: Gedisa.
- Dardot, Pierre y Christian Laval. 2019. “Anatomía del nuevo neoliberalismo”. *Viento sur* (164). Disponible en <https://vientosur.info/spip.php?article14984>.
- Davies, William. 2016. “El nuevo neoliberalismo”. *New left review*, 101, nov-dic, 2016.
- De Macedo Duarte, André. 2009. “Foucault e as novas figuras da biopolítica: o fascismo contemporâneo”, en Rago, Margareth y Alfredo Veiga-Neto. 2009. *Para uma vida não-fascista; [5 Colóquio Internacional Michel Foucault, Campinas, 11 a 14 de novembro de 2008]*. Estudos foucaultianos. Belo Horizonte: Autêntica.
- Eco, Umberto. 2018. *Il fascismo eterno*. Milano: La nave di Teseo.
- Fassin, Éric. 2018. “Le moment néofasciste du néolibéralisme.” *Mediapart*, 29 de Junio de 2018. <https://blogs.mediapart.fr/eric-fassin/blog/290618/le-moment-neofasciste-du-neoliberalisme>.

- Foucault, Michel. 1981. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, Michel. 1991. *Dits et Écrits 1954-1988*, tomo IV (1980-1988), Paris: Gallimard.
- Foucault, Michel. 1994. *1970 - 1975. Dits et écrits 1954 – 1988*, tomo II. Paris: Gallimard.
- Foucault, Michel. 1999. *Estrategias de poder. Obras esenciales / Michel Foucault v. 2*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Foucault, Michel. 2008. *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 2000. *Defender La Sociedad: Curso En El Collège De France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 2002. *Historia de la sexualidad*. 29. ed. en español. México: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2004. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 2016. *La sociedad punitiva: Curso en el Collège de France (1972-1973)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. 2006. *Seguridad, Territorio, Población: Curso en el Collège De France (1977-1978)*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fraser, Nancy (2017) “The end of progressive neoliberalism”, *Dissent Magazine*, 2/1/2017, https://www.dissentmagazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser.
- Galindo, María. 2019a. “Bolivia: La noche de los cristales rotos”. *La vaca*, 11/11/2019, <https://www.lavaca.org/notas/bolivia-la-noche-de-los-cristales-rotos-por-maria-galindo/>.
- Galindo, María. 2019b. Clausura de la primera sesión del Parlamento de Mujeres, “Bolivia: 1º sesión del Parlamento de las Mujeres: un encuentro para pensar sin miedo”, publicado en *La vaca*, 16/11/2019, <https://www.lavaca.org/notas/bolivia-1o-sesion-del-parlamento-de-mujeres-un-encuentro-para-pensar-sin-miedo/>.

- García Olascoaga, Omar. 2018. “Presencia del neofascismo en las democracias europeas contemporáneas”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 162: 3-20. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.162.3>).
- Giroux, Henry. 2018. “Neoliberal Fascism and the Echoes of History.” *truthdig*, 2 de Agosto de 2018. <https://www.truthdig.com/articles/neoliberal-fascism-and-the-echoes-of-history/>.
- Graeber, David. 2018. *Sobre los autos voladores y la tasa decreciente de ganancia*, Utopía Pirata.
- Guamán, Adoración, Aragoneses, Alfons y Mar, Sebastián. *Neofascismo; La Bestia Neoliberal*. Siglo XXI, España.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel. 2019. “Bolivia: la profunda convulsión que lleva al desastre”, *El salto*, 11/11/2019. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/bolivia/bolivia-la-profunda-convulsion-que-lleva-al-desastre->.
- Han, Byung-Chul. 2016. *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- Harcourt, Bernard E. 2018. *The counterrevolution: How our government went to war against its own citizens*. New York: Basic Books.
- Harvey, David. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- Hayek, Friedrich A. 2007. *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Klemperer, Victor. 2001. *LTI: Apuntes de un filólogo*. 1ª ed. Barcelona: Minúscula.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Lazzarato, Maurizio. 2013. *La fábrica del hombre endeudado*, Buenos Aires : Amorrortu.
- Lazzarato, Maurizio. 2019. *Le capital déteste tout le monde. Fascisme ou révolution*. Paris: Editions Amsterdam.
- Loach, Ken. 2016. *I, Daniel Blake*. (película)
- Mirowski, Philip & Dieter Plehwe. 2009. *The road from Mont Pèlerin: The making of the neoliberal thought collective*. Cambridge, Mass., London: Harvard University Press.
- Mises, Ludwig von. 1980. *Socialismo: Análisis económico y sociológico*. [3a.ed. castellana]. Buenos Aires: Western Books Foundation.

- Mises, Ludwig von. 1983. “El Cálculo Económico en el Sistema Socialista.” *Estudios Públicos* (10): 213–41. Disponible en https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183420/rev10_vonmises.pdf.
Accedido el 6 de abril de 2020.
- Munhti. 2019. “De cara a la noche fascista del neoliberalismo: insistir, resistir, persistir”. *Vitrina Dystópica*, 29/05/2019, disponible en <https://dystopica.org/2019/05/29/de-cara/>.
- Orwell, George. 2013. *1984*. Barcelona: Debolsillo.
- Paxton, Robert. 2019. *Anatomía del fascismo*, Madrid: Capitán Swing.
- Ramírez Gallegos, Franklin. 2019. “La pendiente neoliberal: ¿neo-fascismo, postfascismo, autoritarismo libertario?”, en Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Mar. *Neofascismo; La Bestia Neoliberal*. Siglo XXI, España.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. 2019. Intervención en “Bolivia: 1º sesión del Parlamento de las Mujeres: un encuentro para pensar sin miedo”, publicado en *La vaca*, 16/11/2019, <https://www.lavaca.org/notas/bolivia-1o-sesion-del-parlamento-de-mujeres-un-encuentro-para-pensar-sin-miedo/>
- Rodríguez Alzueta, Esteban. 2019. *Vecinocracia: Olfato social y linchamientos*. La plata: Estructura Mental a las Estrellas.
- Sacchi, Emiliano & Matías Saidel. 2018. “Notas sobre gubernamentalidad neoliberal y violencia”, en Lisandro Barrionuevo, José Platzeck y Andrea Torrano (eds.). *Sujetos sitiados: biopolítica, monstruosidad y neoliberalismo*. Buenos Aires: CONICET.
- Saidel, Matías. 2018. “Biopolítica y gubernamentalidad: dos conceptos para problematizar el poder e interpretar el neoliberalismo”. *ECOPOLÍTICA*, 0 (21). <https://revistas.pucsp.br/ecopolitica/article/view/40050/27039>
- Sauvêtre, Pierre. 2019. “National-néolibéralisme : de quoi le populisme est le nom, a publicarse en Sens public, disponible en https://www.academia.edu/39916010/National-n%C3%A9olib%C3%A9ralisme_de_quoi_le_populisme_est_le_nom

- Segato, Rita. 2019. “Es el momento para pensar a Bolivia críticamente”, *La vaca*, 20/11/2019.
<https://www.lavaca.org/notas/rita-segato-sobre-bolivia-es-el-momento-oportuno-para-pensar-a-bolivia-criticamente/>
- Schultz, Theodore. 1961. “Investment in Human Capital.” *The American Economic Review*, 51 (1): 1–17.
- Sztulwark, Diego. 2019. *La ofensiva sensible: Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Traverso, Enzo. 2016. “Espectros del fascismo. Pensar las derechas radicales en el siglo XXI.” *Herramienta*. <https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=2555>.
- Vattimo, Gianni. 2004. *Nihilismo y emancipación*, Barcelona: Paidós.
- Villalobos-Ruminott, Sergio. 2018. “El fascismo neoliberal”, *El desconcierto*, 4/06/2018.
<https://www.eldesconcierto.cl/2018/06/04/el-fascismo-neoliberal/>